

X

Felipe cena con el difunto

Esa noche, tras la habitual tertulia, Felipe llega tarde a la casa. Piensa: seguramente mi tía duerme. Para no despertarla y evitarse la grilla de los regaños procura no hacer ruidos.

Con gran sigilo y de puntillas avanza hacia la sala cuando ¡qué vaina! se halla de sopetón frente a una escena macabra, espeluznante.

Bien trajeada de negro y ya sentada a la mesa, Faustina está esperándolo con una cena para tres comensales. En el sitio correspondiente al muerto, sobre un alto escabel forrado en negro, campea la blanca calavera iluminada por la luz de los cirios.

A pesar de su voraz apetito, Felipe se enfurece.

—Tía Fausta, ¿qué pendejada es ésta?

—Ya te he dicho que debes respetar a los difuntos. Anda, ve, lávate las manos y siéntate a la mesa. Tienes un invitado. Debes hacerle los honores. Te exijo compostura. No te olvides que ahora vives conmigo. No tengo yo la culpa de que el Ñopo te haya expulsado de su casa tras la trágica muerte de Dalila. Debo encauzar tus pasos debidamente para que cumplas tu misión en la vida.

La actitud de Faustina le infunde pánico y respeto a Felipe que, sin chistar, se lava y ocupa su lugar.

Sobre el escaño blanquea la calavera.

Felipe sólo la mira de reojo.

Faustina sirve.

—¿Qué vamos a comer?

—Algo muy típico: guacho de cangrejo, adobo de iguana, arroz con guandú y ruedas de negroencuero fritas. A Felipe se le hace agua la boca.

Como ella distribuye las viandas, no le sirve al difunto cuyo plato permanece vacío.

—Y el muerto, ¿va a quedarse en ayunas?

—Los difuntos se nutren hipostáticamente.

—No me vengas con vainas. Y ¿qué carajo comen?

—¡Hostia!

—¡No jodas!

—No vayas a pensar que es poca cosa. Debes saber que una hostia es nada menos que carne de cordero, filete de agnusdei. Más que substancia, transubstancia. Lo cual quiere decir, que cada vez que comulgas ejecutas un acto de teofagia. Lo que tragas al deglutir la hostia es pura quintaesencia de la carne de Dios. El difunto fue bisabuelo tuyo.

—¿Para qué lo invitaste?

—Para que se atragante de tus pecados. Sazonará sus hostias con tu savia genética, lo cual quiere decir que tu esperma será estéril. No tendrás descendencia. Ya hay demasiados negros en el mundo. Sufren mucho pues se les discrimina. Mejor es que no nazcan. Al correr de los siglos nos hemos sido otra cosa que esclavos de las razas privilegiadas. Basta de humillaciones. Tú eres el soter, salvador de la raza. Ni siquiera preñarás a las rubias. Por fortuna el difunto se nutre de tu gene. Cuando mueras tendrás que presentarte al juicio de la resurrección de la carne, recuérdalo, en el Valle de Josafat. Si el difunto no ingiere tus pecados te puedes ver en un aprieto.

Indiferente a la homilfa de Faustina, Felipe se atraganta de esto y de aquello. Menos mal que la cena estaba que ni mandada a hacer, de rechupete. Era un convite pa' chuparse los dedos. Le venía al pelo.

—No me mientes el trance de la resurrección, tía Fausta. Si acaso ocurre, será cuando San Pedro agache el dedo. Y, además, ya tú sabes, nadie se muere la víspera sino el día. De manera que estás gastando pólvora en gallinazo.

Las opiniones de Fífila y Faustina diferían en el punto referente a la trascendencia. Eran hermanas, pero en la vida de ambas Fífila había representado lo equivalente a la materia. Faustina, en cambio, siempre encarnó el prodigio del espíritu. Cuando ambas eran jóvenes, Fífila, la mayor, bella, graciosa y gordezuela, se había entregado al goce de la carne. Parecía haber nacido para el amor, para agradar a los hombres. Faustina, la menor, delgada, enjuta, por ser la higuera estéril, se recluyó en callada abstinencia meditativa. Repleta de inquietudes, ella estudió en Haití. Se había iniciado en cierta magia secreta, en ritos pánicos de carácter cabalístico.

Según decía don Plácido, Faustina era lunática. La luna llena la hacía perder el norte. Cuando no estaba al paio se lanzaba al garete. Falta de brújula, navegaba sin rumbo. Lo mejor era soltarle la escota, dejarla un poco a la deriva, sin foque y sin timón. En esas noches tenía con los difuntos largas pláticas. Felipe la veía levantarse como sonámbula. Se sentaba a la mesa e invocaba a los muertos, a sus queridos seres ancestrales. Tenía paliques largos con sus antepasados con los cuales monologaba a veces hasta el amanecer.

Fífila era la imagen del sentido común. Tenía sus pies bien firmes sobre la tierra y no perdía ocasión de aconsejar a Felipe contradiciendo lo que la otra trataba de imponerle.

—Tú eres el único Durgel que queda en la isla. Debes ahondar como es debido para que tu simiente quede sembrada y fructifique.

—A todas las que he hecho más las he preñado, pero abortan.

—Tal vez no quieren que sus hijos sean negros.

—Es lo que dicen ellas. Yo no puedo evitarlo. Quisiera ser como mi abuelo. Por donde quiera que pasaba dejaba huella.

—Porque supo acostarse con mujeres del pueblo, hembras sencillas, de nuestra raza. Tú quieres rubias, gringas. Trata de ser como él. Procura tener hijos, muchos hijos. Negros y negras. De ojos garzos como nosotros los Durgel. Tu descendencia debe poblar esta isla. De tu simiente nacerá la más bella negredumbre del mundo. No le creas a Faustina. Está chiflada.

—Magnífica la cena, tía Fausta. ¿Tú no comes?

Faustina ya no logra escucharlo pues ha caído en trance y habla con el difunto. Es ella misma quien expresa ambas voces: una, rauca; otra tenue. La del negro Philippe Durgel resuena lúgubre.

—Fui asesinado por los gringos. Sólo hay en la isla una persona enterada de esa trágica historia. Debes apresurarte porque es Balbina y se halla en trance de muerte. Quien me debe vengar es Felipe puesto que él representa el exacto sentido de las cosas. La equidad de la raza debe prevalecer. Será la que defina y equilibre. Sin embargo, el destino de Felipe parece incierto. Hay mucha sangre y hay murciélagos. Nadie debe ultrajar de hecho o palabra los restos de un difunto.

Animada por la luz de los cirios, la calavera tejía lóbregas muecas.

Después de aquella cena el macabro despojo del difunto quedó situado bajo una gran redoma de cristal, acompañado por lámparas votivas e imágenes hieráticas ennegrecidas por el tiempo. Faustina conversaba con la ósea cocobola, pero Felipe ni se atrevía a mirarle. Le producía aprensión, lo desvelaba y lo sumía en pesadillas escalofriantes.

Parejamente le temía al otro cráneo que había en el nicho de la iglesia. Un cabito de vela lo alumbraba perennemente. Por las noches, a su regreso de las juergas, al pasar frente al sitio, Felipe acostumbraba santiguarse y apresuraba el paso.

Felipe no olvidaba que también en el piso de la iglesia había diversas lápidas de mármol en memoria de muertos de otras épocas. Los cirios encendidos dejaban el pavimento resbaloso. Enlutecidas viejas rezaban de rodillas mientras se oía en las naves el chillido estridente de los murciélagos.

DECÁLOGO SÉPTIMO



Una señal mesiánica

Tal como lo predijo María Adelaida, las bodas de Betín y Milagro resultaron un rotundo fracaso.

No hubo luna de miel fuera de la isla ni en el hotet de la McLean.

Plácido, que adoraba a la nieta y al sobrino, logró instalarlos en la misma casita de Papa Chente, loma arriba, donde catorce años atrás, recién casados, vivieron Néstor y Chabela.

En la suave penumbra de la primera noche, cerradas ya las puertas y ventanas, los infelices cónyuges manteníanse alejados el uno de la otra sin decidirse al diálogo íntimo de caricias y besos que insinuaba la media luz del nido.

Betín, que ardía de júbilo y de loca impaciencia, febrilmente quiso levar el ancla y soltar cabo, pero no obtuvo de ella ni el más mínimo gesto receptivo. De espaldas a él e impasible, Milagro se mostraba remisa y enigmáticamente despectiva. Era probable que su mamá la hubiese aleccionado indicándole la forma de comportarse y el decoro que la recién casada debe mostrar. Todo ello le parecía a Betín superficial debido al hecho de que ya ambos esposos se habían relacionado íntimamente. Deseoso de disfrutar la dicha que le ofrecía la Providencia, Betín se fue acercando de puntillas, la aferró bruscamente y le dio un beso en la nuca.

—¡Suéltame, idiota! —gritó ella.

La sacudida y el movimiento que hizo para zafarse de él fueron algo tan decididamente inesperado que perdió el equilibrio y evitando caerse no tuvo más remedio que sentarse en la cama. En ese instante la oyó que

sollozaba. Quiso de nuevo aproximársele creyendo que su acceso emotivo se debía al regocijo de estar casada, pero ella lo apartó con más violencia y, presa de total desesperación, se echó en la cama sofocada por una aguda crisis de llanto.

Ni esa noche ni las noches siguientes Betín pudo enterarse de lo que motivaba la aflicción de Milagro. Ni ella decía palabra ni él lograba intuir lo que sucedía.

Todas las noches se repetía la misma escena bien distinta de la grata emoción y el dulce encanto del encuentro inicial en el altillo.

—¡Betín! ¡Un alacrán! ¡Búscalos, mátalos! Me ha picado en la nalga.

Desnudita en el baño, sabiendo que Betín la aguaitaba, lo hizo entrar al recinto, y aunque él hizo un registro minucioso entre las carcomidas tablas no pudo dar con la alimaña.

—Todo te has empañado. Ven, vamos al altillo. Quiero que me fricciones la picada. Secaremos tu ropa en la ventana, no vayas a resfriarte. Por fortuna, no hay nadie en casa. Demorarán bastante en esa misa.

Cuando estaban pequeños se bañaban desnudos bajo la lluvia trepados en el techo sin que nadie los viera. Otras veces, solos en el altillo, Milagro le espulgaba a Betín las garrapatas, y él a ella los piojos. Asimismo, con ayuda de agujas, se extraían mutuamente de entre los dedos de los pies las niguas, redonditas de huevos. Aquellos juegos de no tan cándida inocencia cesaron cuando Malala resolvió separarlos.

Tía Lola tenía un frasco repleto de alacranes ahogados en alcohol, inmejorable específico contra las picaduras de tales bichos. Betín sabía lo dolorosa que es su ponzoña, tan venenosa que hasta duerme la lengua. En varias ocasiones, cuando al vestirse metía el pie en el zapato, sentía de sopetón la púa maldita. Antes de que el arácnido escapara lo hacía papilla a taconazos. Cierta vez, en el baño, al secarse la cara con la toalla vio un alacrán en ella. Por poquito nomás le pica el ojo. Lo echó vivo en el frasco de tía Lola.

Liberado de sus ropas mojadas se disponía a tenderlas en la ventana cuando Milagro, desnuda sobre el lecho, le exigió caprichosa:

—Frótame con alcohol alacranado.

Al hacerlo, pudo admirar su cuerpo, pero no hallé señal alguna en sus rotundas nalgas.

—Fue solamente el susto. ¿Dónde te duele?

—Ya ni sé. ¿Acá en el vientre?

Se colocó supina. Luego, sonriendo con insinuante picardía, mostró la estampa del Paraíso Terrenal y dijo con fingido candor:

—Mejor, quiero jugar a Adán y Eva.

Betín no pudo más. Qué deliciosa resultó la manzana. No hubo tras el pecado hojas de parra, pero...

—Betín, si me fecundas, voy a quedar encinta. Tía Lala...

—Dirá que somos primos hermanos, pero esta vez, transija o no transija, sé que mi tata se sentirá feliz cuando lo sepa. No tardará en casarnos. Tía Lola no insistirá con eso de que más vale serlo. ¿Ya te sientes preñada?

—¡Creo que sí!

Y era cierto. Tío Plácido jamás se equivocaba. Lo que Betín, en ascuas, no podía comprender era el rechazo, la repulsa, el desdén. Por qué demonios, después de estar casados por lo civil y eclesiásticamente, Milagro se mostraba remisa. ¡Qué carajo! Con su pan se lo coma.

Decepcionado, sin revelar a nadie su fracaso, se iba desde temprano a la finca de las tías. Trabajaba de sol a sol. Cansado, a su regreso, prefería ir a beber con los amigos en la cantina de Ling Chen.

Aún en tragos, logró guardar silencio sobre su triste y asaz desventurada luna de miel, pero una noche Felipe lo ablandó a puro trago. El muy ladino tal vez lo hizo ingerir un tabacazo pues Betín confesó. Se echó a llorar a causa de la plúmbea ebriedad, y entre hipos y sollozos le fue confiando una por una sus cuitas. ¿Cómo? Felipe se quedó como en Babia. Lo cierto es que él pensaba que Betín y Milagro se estaban dando la gran vida. Betín fue más sincero. ¡Qué carajo! Ni jota. Tú eres mi hermano, Pipe. Te lo juro. Ni la primera noche pude gozarla. No quiere que la toque. Me desprecia. Se muestra más arisca que una gata salvaje.

—Betín, te meas de miedo —dijo Felipe—. A las mujeres debe uno dominarlas a puro golpe. Lo mismo me ocurrió a mí con Leila. Se hacía la arisca. No me dejaba ni besarla, hasta una noche en que perdí la cabeza. Había bebido más tragos de la cuenta. No quiso someterse y le di tal puñera, que en lo mejor del polvo seguía gimiendo, gozando y sollozando.

Dispuesto a hacer lo mismo, Betín llegó a su casa trastabillando.

Ya Milagro dormía.

—¡Despierta, idiota!

Se echó sobre ella y empezó a babosearla.

Al despertarse tan sorprendentemente, Milagro le dio un fuerte empujón y se dispuso a la lucha. Lo que ella no esperaba fue el puñete que le aplicó Betín.

Lanzó un chillido tan anormal y escalofriante que el mismo esposo se asustó. Arrepentido procuró consolarla pero ella lo apartó violentamente.

—Debí haberle hecho caso a Malala. Eres un bruto. Me voy para mi casa. No quiero ser mujer de un güevastibias. Te odio. Prefiero al otro.

Y dejando a Betín entre perplejo y mareado se fue a la casa de Malala donde contó a su modo la aventura denigrando a Betín, calificándolo de beodo contumaz y de vicioso.

Malala, que en ese instante iba a acostarse, se alegró en lo más íntimo. Lo había pronosticado. Las bodas entre primos hermanos terminan siempre en inevitable bancarrota.

Lola no se atrevió a chistar. Sabía que siempre que amenaza tormenta lo mejor es encomendarse a Santa Bárbara sin pronunciar palabra.

Chabela abrazó a la hija mimándola. No había perdido la esperanza de que la hija estudiara para maestra.

Calmada de sollozos y gemidos, Milagro subió a dormir al ático.

Cuando, un rato después, la casa, a oscuras, quedó sumida en el silencio nocturno, Milagro dejó el lecho y, de puntillas, se acercó a la ventana que daba a la del ático de la casa cural y de una en otra pasó al altillo ajeno, bajó

por la escalera y, a lo oscuro, se acurrucó amorosa junto al cura que, lúbrico, esperaba a la oveja descarriada para darse un hartazgo.

Meses atrás, recién llegado a la isla como párroco, el Reverendo Jesús Medina fue recibido con todo beneplácito por María Adelaida y por las Damas Católicas del pueblo. Lo que a ellas les llamó más la atención fue la excesiva juventud del vicario. Tenía cachetes tan rubicundos y gorditos que (la verdad sea dicha) parecía un ángel. Y también admiraron y elogiaron la gran prebenda que ostentaba, pues siendo un sacerdote tan joven era eclesiástico de alcurnia ya que tenía el título de Monseñor.

Les tuvo que explicar lo que ese título significaba para él. Sin embargo, a pesar de ser hijo de padres españoles, declaraba sin cortapisa alguna ser ciudadano norteamericano y además zoneíta pues era cura de la Zona del Canal, prestado a la isla en atención a un pedido en el que Su Señoría Ilustrísima alegaba la carestía de sacerdotes. A las celosas Damas Católicas no pasó inadvertido un importante detalle. El nuevo párroco pertenecía a la Curia zoneíta y a lo mejor era de filiación protestante o metodista, vaya usted a saber.

Malala lo invitó a cenar en casa y sin pedirle su aprobación le impuso el canon familiar al que debía ir acostumbrándose tal como sus antecesores venían haciéndolo para evitar conflictos con la gente del pueblo y sobre todo con las Damas Católicas.

—Por ser vecinas colindantes, a nosotros nos toca el privilegio de encargarnos de la casa cural en lo tocante al orden y la limpieza. Lo mismo haremos con la ropa interior de Monseñor. Ya la verá lavada y bien cosida.

También lo usual era ofrecerle al siervo de Dios los alimentos mediante una modesta retribución. De manera que Monseñor Medina tuvo que someterse a los caprichos de la tenaz María Adelaida sentándose a la mesa a horas precisas.

—Ya verá que nada hay tan expedito como la ley de la costumbre y lo sencilla que le va a parecer esta parroquia.

Milagro lo miraba de reojos sin que Malala se apercibiera de ello, convencida de que Jesús Medina era un enviado de Dios llegado a la isla para llevar a cabo una misión redentora en la que ella fungía como factor receptivo. Desde el preciso instante en que lo vio llegar miró en él cierta aureola, una especie de luminosidad que lo igualaba exactamente al Arcángel